



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

Ensayo académico

Habitar los intersticios

Estudiante: Elizabeth Campos

Tutora: Profa. Ag. Gabriela Etcheverry

Revisora: Profa. Ag. Adriana Molas

Abril 2023



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

Ensayo académico

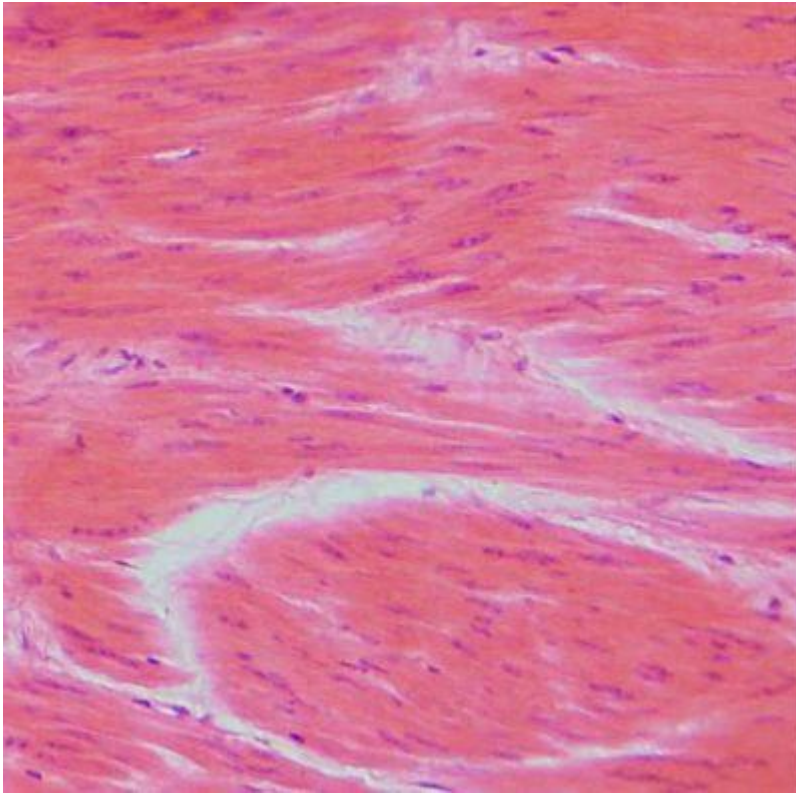
Habitar los intersticios

Estudiante: Elizabeth Campos

Tutora: Profa. Ag. Gabriela Etcheverry

Revisora: Profa. Ag. Adriana Molas

Abril 2023



Polarlys. 2006. Corte longitudinal de músculo liso hematoxilina eosina [Imagen microscópica]. Wikimedia Commons.

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Glatte_Muskelzellen.jpg

La elección de esta imagen para la carátula está provocada por la lectura de Mil Mesetas (Deleuze y Guattari, 2004) y la diferenciación que los autores señalan entre el músculo liso y el músculo estriado. Al hacer zoom en nuestro tejido muscular la imagen microscópica del músculo liso recupera la belleza de lo mínimo e invisible dando cuenta de la existencia de otros mundos. En este sentido la imagen invita a alojarnos en el movimiento como modo de existencia y condición del despliegue de la vida.

Índice

Introducirnos	4
Justificación para el devenir	5
Irse yendo: bosquejo para partir	8
Aquél otro: afectos para resistir	16
Extranjero de sí	23
Los modos posibles a partir de una experiencia clínica	28
Análisis posible	29
Punto de partida	37

Introducirnos.

El presente trabajo final de grado pretende ser un ensayo académico que se pregunta por el partir y la alteridad como cualidades que nos componen en tanto sujetos. Propone a la escritura como punto de partida a la vez que oportunidad de desdibujamiento de los trazos identitarios del yo y despliegue de la alteridad, mediante esta escritura que se escribe a sí misma reafirmamos la potencia de la palabra como condición de pensamiento.

Concebimos la noción de partir como cualidad vital de la experiencia humana. Partir como modo de existencia que aloja al deseo y celebra la extranjería. En este sentido, trabajamos la idea del otro como experiencia de orfandad y desposesión de sí, dando cuenta de una concepción de sujeto profundamente social que se reconoce en otros.

A su vez nos servimos de una viñeta clínica como oportunidad para poner en juego estas nociones y al mismo tiempo destacar la potencialidad de la clínica para el despliegue de las mismas.

Sobre el final se plantean algunas reflexiones que enlazan los ejes temáticos mencionados recuperando algunos elementos para ponerlos en disposición hacia nuevas significaciones posibles.

Justificación para el devenir.

Esperando que un mundo sea desenterrado por el lenguaje, alguien canta el lugar en que se forma el silencio. Luego comprobará que no porque se muestre furioso existe el mar, ni tampoco el mundo. Por eso cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa.

Alejandra Pizarnik, El infierno musical

La escritura académica, precisamente la que nos trae a este trabajo, es una búsqueda de algún modo de partir. Partimos de nosotros y nosotras con la escritura, a veces también la escritura nos vehiculiza la partida, podríamos pensarla como un ritual que materializa y captura el movimiento anunciando una nueva vuelta aiónica donde lo pasado y lo venidero se componen en un espacio-tiempo singular que deja de ser al mismo tiempo que se escribe.

Como explica Percia (2011):

Lo venidero siempre está por llegar y nos habita como inminencia. El llegar de lo venidero es expectación que no cesa. No interesa su llegada, no importa su arribo consumado. Lo venidero gusta del porvenir, saborea la alegría de la potencia. Lo venidero no alude a algo futuro, acontece como hendidura que espera en el presente o como temblor del recuerdo. Lo venidero bulle en la memoria como pasado no acontecido o cosquillea en el presente como sensación todavía sin forma. (p. 19)

Pensamos que la escritura puede ser un modo de alojar lo venidero, un modo de hacerle espacio a lo inesperado desde la esperanza por su capacidad de ser transformada y

reelaborada en la medida que se escribe. Incluso podríamos decir que lo venidero, aquello que irrumpe sin aviso, es necesario para el acto de escribir.

La escritura puede ser pensada también como lo plantea Pelbart (2009), como un modo inevitable de abandono del Yo, es abandonar "...esa forma dominante, hegemónica, personológica, edipiana, neurótica, ese estado enfermizo por medio del cual una cierta literatura insiste en perpetuarse." (p. 121) y en este sentido podríamos pensar que borrar el Yo, la ilusión de la identidad del autor o autora, es condición necesaria para que lo venidero que irrumpe en la escritura, alentándola a modificarse y reencontrarse, elucide los intersticios anteriormente obturados por la hegemonía del Yo.

Entonces, quizás la escritura sea una herramienta fundamental para "...liberar la vida allí donde esté encarcelada; y está encarcelada en las formas constituidas, sobre todo en la forma dominante del yo" (Pelbart, 2009, p. 121).

Incluso podríamos pensar que la escritura potencialmente puede ser un modo de borrar en términos identitarios para abrirnos a las minorías que nos componen, y aquí Percia (2011) tomando las ideas de Deleuze y Guattari explica que "Devenir minoritario (ese ir hacia, siendo lo otro) no es tanto mutar o transformarse en el extraño, sino dejar llegar lo venidero de esas potencias minoritarias en uno." (p. 20). En este mismo sentido devenir minoritario es reconocer la presencia de otros en la propia escritura, que ya no tiene nada de propia sino que existe con un sinfín de lecturas, cada una de ellas experimentadas por personas leyendo, evocando y compartiendo con otros que también leen, que también escriben.

Por lo tanto, escribir y partir sólo son posibles y tienen un sentido cuando reconocemos que otros habitan allí, que otros fueron y son necesarios para que acontecieran.

Percia (2008) nos comparte su lectura sobre Pizarnik diciendo que ella "...sabe qué pasa cuando no encuentra paradero en las palabras o qué sucede cuando todos los vocablos que salen de su boca no alcanzan para alojar su existencia desbordada." (p. 64), precisamente esto es lo que sucede con la escritura, las palabras nos desbordan, no alcanza un solo cuerpo ni una sola experiencia para leer y escribir principalmente cuando se trata de partir.

A veces no es tiempo de partir, a veces el deseo nos empuja a seguir moviéndonos y no reparar en los acontecimientos, la experiencia pierde nuestra atención y se vuelve más importante la llegada. Sin embargo para Percia "La urgencia de un plazo corrompe la espera" (p. 16). La urgencia de una escritura académica envuelta en tiempos institucionales nubla nuestro deseo de partir, este se circunscribe a deseos compuestos de exigencias y se captura la escritura en dispositivos de poder.

Por el contrario escribir para partir requiere demora, demorar y esperar la potencia del movimiento para que ella se despliegue, para devenir inconforme y ser el afuera de las capturas capitalistas de la experiencia (Percia, 2011), pues la escritura es una experiencia en sí misma que se demora para esperar a otros y catalizar nuevas partidas.

Irse yendo: bosquejo para partir.

*Partir
en cuerpo y alma
partir.*

*Partir
deshacerse de las miradas
piedras opresoras
que duermen en la garganta.*

*He de partir
no más inercia bajo el sol
no más sangre anonadada
no más fila para morir.*

He de partir

Pero arremete ¡viajera!

Alejandra Pizarnik, La última inocencia.

Según la Real Academia Española Irse es moverse de un lugar hacia otro, sin embargo Nancy (2011) propone pensar el irse como un modo constante de vivir, él lo pronuncia como

*partance*¹, aquella inmanencia de estar partiendo constantemente, una vida que se celebra a sí misma cuando reconoce su propia finitud. Es un modo de vivir, una decisión constante. La decisión de darle paso a la inmanencia, de confiar en lo que nos caracteriza como seres humanos y humanas: una existencia que tiene la capacidad de transformar y ser transformada en su propio movimiento. La *partance* más que el acto de partir es un modo de habitar la partida, un hecho que no tiene temporalidad, ni principio ni fin, es un estado de acción que encuentra valor en sí mismo.

Estar vivos y vivas es estar a punto de partir constantemente. Sin embargo hay muchos modos de habitar la partida. En un principio partir puede ser entendido como un espacio de interrupción entre dos momentos temporo-espaciales que habitamos bajo la ilusión de seguridad y permanencia, pero el propio Nancy (2011) propone a la partida como el modo constante de existencia y la llegada como mera ilusión que impulsa una nueva partida.

Entonces si no hay un lugar al cual podamos llegar ¿Por qué partir? ¿Para qué partimos constantemente? Nuevamente Nancy (2011) afirma: “Es en este impulso, en la obligación de la partida, porque no podemos hacerlo de otra forma, y asumiendo este riesgo, en la apuesta de la partida, que podemos vivir una vida que valga la pena” (p. 31).

Un punto de partida puede ser dos cosas a la vez, por una parte el punto cero de un trayecto que emprendemos, un tiempo-espacio que pretende ser el primero de un sin fin de muchos otros, de hecho egresar de una licenciatura puede ser un punto de partida. Es un momento en el que nos abalanzamos hacia otro momento, el punto cero de una carrera profesional o incluso el punto cero de un modo distinto de formación.

Al mismo tiempo un punto de partida es el momento inminente de irse, el tiempo-espacio que me empuja a partir, una suerte de final de algo pero que volviendo con la acepción

¹ del francés, *a punto de salir*

anterior se vuelve también el inicio de otros puntos de partida. Un punto de partida tiene el espíritu aiónico de ser el final y el principio, un momento de inflexión que marca la diferencia entre dos modos distintos de estar. De hecho, para Nancy (2011) "... al principio no sabemos mucho, o bien sabemos demasiado y por ello nos vemos obligados a partir" (p. 18), nunca se termina de partir, nunca se termina de llegar. Estamos en el intersticio constantemente y allí yace nuestra potencia, un modo de *arremeter viajera*.

En cualquier caso el momento de partir es un momento de incomodidad, a veces además de esperanza, ilusión y alegría, también se compone de melancolía y tristeza ¿Cómo irnos de lo conocido? Pues partir, también implica renunciar. Explica Nancy (2011) que "En cierta forma, partir implica siempre dividirse. No se trata sólo de la división entre el lugar desde el que se parte y el lugar hacia donde se va; nosotros mismos también nos dividimos, nos compartimos" (p. 17).

Los lugares no siempre concretos y a veces metafóricos a los cuales nunca llegamos pero de los que partimos componen nuestra identidad o más específicamente nos alojan. Siempre hay motivos para llegar y aunque no se logra en el propio acto de movernos desplegamos vestigios propios de una experiencia que se pretende única y estable, una suerte de recorrido lineal compuesto de lugares y personas que nos pertenecen, que pertenecen a nuestra existencia y de ese modo nos definen. En este sentido Nancy (2011) explica que una parte nuestra, un fragmento, permanece en los lugares de los cuales partimos porque tal vez seamos nosotros y nosotras quienes alojamos los espejismos de la llegada, la misma llegada que nos regala otra partida. De este modo si una parte nuestra se queda en el lugar que dejamos entonces somos los lugares que habitamos. Y no más que eso, los lugares, los espejismos, las ilusiones de identidad. Por lo tanto deberíamos decir que somos los lugares que dejamos atrás.

En este sentido partir y dejar elementos propios en los distintos lugares que atravesamos presupone la idea de habitar aunque sea brevemente estos espacios, es decir, presupone la idea de llegar. Tomo las palabras de Percia (2008) a propósito de la poesía de Pizarnik para pensar en la suposición de una llegada “Un sitio de permanencia provisoria para aprender a pensar. Para practicar la hospitalidad con lo extraño. Un espacio de extranjería suspendida. Un domicilio del que tarde o temprano hay que partir porque no da lugar para establecerse en un dogma.” (p 62). Entonces podríamos decir que esta llegada provisoria es un punto de continuidad entre dos partidas que se ofrece como hogar para recapitular nuestro paso y también como espacio de condensación, que más que categorizar experiencias busca componerlas para diferenciarlas.

En este sentido, Deleuze y Guattari (2015) proponen una continuidad y a su vez una diferencia entre lo liso y lo estriado: “...debemos recordar que los dos espacios sólo existen de hecho gracias a las combinaciones entre ambos: el espacio liso no cesa de ser traducido, transvasado a un espacio estriado; y el espacio estriado es constantemente restituido, devuelto a un espacio liso.” (p. 484).

Entonces entendemos a lo estriado como un entramado de elementos que se entrecruzan componiendo un modo dinámico de estar, modos que no son fijos ni concretos por mucho tiempo pero que dejan ver momentos y existencias posibles, y esto es lo que anteriormente pensábamos sobre la llegada, un espacio ilusorio y provisoria de construcciones y composiciones que trazan una suerte de recorrido.

Por otra parte “Lo liso es la variación continua, es el desarrollo continuo de la forma, es la fusión de la armonía y la melodía en beneficio de una liberación de valores propiamente rítmicos, el puro trazado de una diagonal a través de la vertical y de la horizontal.” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 487). Entonces podemos pensar a lo liso como una analogía de la partida, lo liso como variación pura al igual que el movimiento de partir, un movimiento que

va siendo movimiento en su propio acontecer y ya no se pregunta hacia dónde o para qué sino que se contempla a sí mismo como un modo de existir.

En el silencio, siguiendo el modelo musical que proponen los autores, puede escucharse el patrón rítmico musical. De algún modo lo hace resonar a la vez que promete y a veces propone cambios de intensidad, de ritmos, de volumen, incluso de métrica. Sin embargo cuando la melodía se vuelve estímulo y el cuerpo lo percibe de algún modo se subordina parcialmente al silencio, a su propia ausencia y recuerda el patrón sonoro inicial.

La potencia puede ser la posibilidad de que el silencio, como en la propuesta de Cage (2016), en un momento inesperado proponga otro patrón distinto al inicial aún así capturando y citando algún atributo del sonido inicial. “Pues bien, en el espacio estriado, las líneas, los trayectos, tienen tendencia a estar subordinados a los puntos: se va de un punto a otro. En el liso, ocurre justo lo contrario: los puntos están subordinados al trayecto.” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 487) entonces la partida se vuelve lo que marca el ritmo, la directriz de experiencia vital, y la llegada un momento distinto que reconfigura y redirecciona la experiencia.

¿Por qué se queda una parte de mi en los lugares de los que me voy?

Pues Didi-Huberman (2012) dice que las luciérnagas, estas pequeñas experiencias: “Desaparecen de su vista porque se quedan en su lugar, que no es ya el lugar adecuado para percibir las” (p. 35) y por tanto es imposible que ellas reposen en un solo lugar por demasiado tiempo, de hecho tal vez su capacidad de iluminar se exprese en su movimiento.

Si en ciertos lugares nos encontramos a nosotros y nosotras mismas, si es en ellos donde yace nuestra mismidad tal vez corramos el peligro de reafirmar constantemente modos que

nos descomponen y se vuelve necesario construir estares en los que nuestra necesidad de expansión sea mayor que el miedo.

En el momento exacto de encontrarnos en espacios-tiempo específicos dispuestos y dispuestas a escuchar lo que se dice nuestro deseo encuentra hospedaje. A veces un deseo deteriorado, errante y sediento que no puede más que ser alojado para actualizarse y recomponerse, pues el deseo no existe por sí solo buscando un objeto en el cuál depositarse, sino que es el resultado de una composición (Deleuze, en Boutang y Pamart, 1996).

Las personas que yacen paradas en el puerto en el borde que divide el agua de la tierra firme con la mano alzada sosteniendo un pañuelo despiden a quienes deciden partir. Un gesto de que algo de ellos queda, un fragmento de sí, en el lugar que decidieron dejar atrás. Aunque luego decidan volver ese lugar ya no será ese lugar, otros lo han plagado de sí y volver ya no será volver sino acontecer nuevamente en el encuentro y encontrarse extranjero. Un gesto también de suerte en su partir, un agradecimiento por lo acontecido, por lo que tomaron de ello y la esperanza de posibles-nuevas composiciones.

En efecto, no se trata ni más ni menos que de repensar nuestro propio <<principio esperanza>> a través de la manera en el que el Antes reencuentra al Ahora para formar un resplandor, un relampagueo, una constelación en la que se libera alguna forma para nuestro propio Futuro. (Didi-huberman, 2012, p. 47)

Quizás nuestra potencia esté en el movimiento constante de estar partiendo, en no detenernos demasiado tiempo en nosotros y nosotras mismas confiando en que partir de sí es la forma de llegar brevemente y seguir, ser de pasaje para otros y otras y a su vez pasajeros y pasajeras. Por el simple motivo de que allí es posible la esperanza de algo más, de que la existencia puede ser distinta y otra.

Me gusta estar en los cierres
quizás para recordar
que siempre queda un atisbo de apertura
que es imposible que la realidad quede sellada

Son cuerpos comprometidos
son las intensidades de un insecto
del apetito animal

Insectos que perforan la madera
abriendo paso a su supervivencia
obturaciones que no terminan de ser
obturaciones que buscan no serlo

En nuestra propia insistencia al olvido
encuentran su genuina creación
la posibilidad de ser vistos

De su propia amenaza de muerte
aprovechan el empeño
para generar la amenaza de seguir vivos

Es en la porosidad donde yacen los fermentos
los fermentos de otras cosas
que luego tal vez insistan en volver a cerrarse

pero eso no importa

Se detienen en cada instante,
procurando permanecer alerta
y destruir su destino
no aceptan su condena
ni se conforman con un solo plano

Es que no existe otro modo
de quitarle a la realidad
su excedente.

Elizabeth Campos, sin publicar.

Aquél otro: afectos para resistir.

Con miedo antiguo se lamentan o lloran las voces. Formas fugitivas venidas para la ceremonia en que arrancarán de ti el corazón de tu lejana figura. La noche relampaguea dentro de tu máscara. Te agujerean con graznidos, te martillean con pájaros negros. Colores enemigos se unen en la tragedia. Cuando llegamos al centro de la oscuridad el bosque se abrió. Murieron las formas despavoridas de la noche y no hubo más un afuera ni un adentro. Te precipitaron, desapareciste con la máscara en la mano. Y ya nada se pareció a un corazón.

Alejandra Pizarnik, Poesía completa.

La mercantilización del pensamiento y de la vida cotidiana ha derivado en la fragmentación de los vínculos imponiendo el miedo, la desconfianza y el rechazo hacia el otro, reafirmando la desarticulación entre los individuos y descomponiendo fuerzas colectivas. Estas han sido las herramientas más punzantes del capitalismo, subjetividad del miedo, subjetivación para la desconfianza y la vida en soledad.

No reparar en los encuentros singulares, repeler y juzgar otros modos de existencia es un modo cansado y tirano de acontecer con otros:

Es actuar como vencido: es estar convencidos de que la máquina hace su trabajo sin descanso ni resistencia. Es no ver más que el *todo*. Y es, por tanto, no ver el espacio –aunque sea intersticial, intermitente, nómada, improbablemente situado– de las aberturas, de las posibilidades, de los resplandores, de los *pese a todo*.

(Didi-huberman, 2017, p. 31)

El encuentro con otros introduce incomodidad innegable y contraintuitiva, las lógicas económicas de los vínculos capturan los afectos en la amenaza a nuestra supervivencia. Podemos buscarle un sentido, siempre podemos elaborar un modo común de existencia, sin embargo no podemos sortear la incomodidad. Pensamos que es necesario habitarla y permitir que nos habite porque tal vez sea el único modo de que nos transforme y experimentemos su potencialidad, es decir, la potencia del acontecer con otros y de la incomodidad inmanente de ello.

Si la incomodidad, entonces, es un estado inevitable de la llegada fugaz e inminente del otro, un modo fugado de pensarlo podría ser desandar la acepción negativa, impotente y triste del concepto. Ir en búsqueda de la resignificación de ese estado y tal vez encontrar nuevas palabras para nombrarlo.

Entendemos por incomodidad a la falta de confort, un estado de disgusto y en cierta manera, también, como una espera caprichosa de soluciones y mejoras. Precisamente el confort es el adormecimiento del alma desesperada por su angustia (Percia, 2011) que bajo promesas de felicidad infinita apacigua su potencia. El problema es la pretensión de confort/comodidad al encontrarse con otros y otras porque en ese modo de encuentro sólo son posibles dos acciones, por un lado evitar el encuentro buscando en verdad evitar la incomodidad y la angustia, o por otro, fagocitar a aquél otro comiéndonos su singularidad

apresándolo. Irónicamente estas acciones que buscan disipar la incomodidad son las que nos llevan a la instalación del padecimiento, porque le dan muerte a las posibilidades, truncan el desarrollo propio y del colectivo.

Es por esto que tal vez sea necesario resignificar lo entendido por incomodidad, sin negarla o tratar de escindirla sino aceptándola como componente vital que necesita ser atendido, un afecto que necesita de una posición activa por parte de quien lo habita.

La inconformidad se ofrece como un grado más fino de habitar los afectos incómodos, es una vuelta activa, agrega a lo incómodo la acción de situarse allí. Ya no como una queja, un modo triste de vivir, sino “alegría que nace del resistir” (Percia, 2011, p. 13).

En este sentido me sirvo de las palabras de Percia (2011) cuando propone a la inconformidad como modo de existencia que germina otras formas de experimentar lo otro y a los otros hacia una nueva vida común: “Inconformidad tienta movimientos hacia la descompresión, la desinterpretación, la desidentificación: alienta al prefijo contra las capturas.” (p. 18).

Inconformidad es hacer lugar a lo venidero, es producir un hueco para alojar el devenir, lo inesperado, lo que no sabemos, “Lo venidero late como posibilidad por estallar en todas las formas expresadas.” (Percia, 2011, p. 19) permanece lejos de las luces tenues de la insatisfacción que dificultan la llegada de lo desconocido y encuentra angustia en el no saber, refugiándose en un yo capitalista que sólo ofrece ilusiones provisorias de un bienestar impalpable que siempre está por venir. La insatisfacción no compone modos ni mira lo posible, en cambio la inconformidad se viste de deseo para impulsar el devenir (Percia, 2011, p.10).

Lo que nos aporta la noción de inconformidad es la certeza de que el sentimiento de extrañeza es inevitable, siempre estará allí y en cierta manera es necesario que suceda, se vuelve necesario que aprendamos a verlo, apreciarlo y escucharlo pues “La hospitalidad con el enemigo nos hace humanos.” (Percia, 2011, p. 61) y sólo a través de habitar la incomodidad es que es posible desandar modos vinculares tristes y empezar a pensar en otros posibles. De esta manera se modifica el acercamiento hacia el otro y hacia escenarios en los cuales nosotros/as mismos/as somos otros/as.

Según Foucault (1988):

... volverse hacia el rostro prohibido que hurta la mirada,[...] es sentir de repente crecer en uno mismo un desierto, al otro extremo del cual (aunque esta distancia sin medida es tan delgada como una línea) espejea un lenguaje sin sujeto asignable, una ley sin dios, un pronombre personal sin persona, un rostro sin expresión y sin ojos, un otro que es el mismo. (p. 65)

En este sentido el autor trabaja la esencia del pensamiento del afuera que pronto descubrirá que es inaprehensible y por nuestra parte nos atrevemos a decir que el otro, todo aquel que sea ajeno o ajena a nosotros y nosotras, es el afuera, el afuera del pensamiento y a su vez el componente fundamental de nuestra partida hacia el afuera, un caminar sobre el borde infinitamente. Un modo de partir constantemente de nosotros/as mismos/as.

El ser en relación es el ser en sí mismo, es la expresión máxima, lo que no quiere decir la expresión más elevada sino la expresión más genuina de sí. No hablamos de esencia como sustancia profunda, hablamos de su composición cuasi entera a la luz siendo pura superficie, es decir, donde el sujeto no se está pensando constantemente a sí mismo, sino

de un ser que es, el sujeto en acción es sí mismo y su potencia jugándose, existiendo y agotando todas las posibilidades.

Tal vez pensar en el otro pueda no solo permitirnos habitar la parte que deja en nosotros y nosotras sino construir la parte que vamos a dejar al partir. Recapitulando ¿Por qué es importante construir lo que dejamos en el otro? ¿Por qué es importante habitar la parte que el otro deja en nosotros/as? “De modo coextensivo a la *existencia imaginaria de un límite se da un límite imaginario de la existencia*. Y no es otro que la aceptación, por parte del hombre, de su finitud.” (De Brasi, 1990, p. 19) y por sobretodo la necesidad de la existencia de un otro que vaya a nuestro encuentro y nos impulse a resignificarnos, a nosotros y nosotras, pero también producir nuevos sentidos de nuestra relación con lo contextual. Allí tal vez haya nuevos otros y otras de nosotros y nosotras, disponibles para ser producidos/as.

Es la incapacidad de concebir al sujeto y a la realidad como momentos incompletos lo que ha derivado en el intento de solidificar posiciones y perspectivas sobre el individuo y la sociedad, obturando la posibilidad de pensar a estas composiciones como articulaciones momentáneas que se componen y descomponen continuamente dentro del caos inmanente de la existencia en momentos específicos de la trama social.

La composición de cada existencia se vuelve inestable porque no demora en descomponerse y recomponerse con lo que acontece, somos existencias fugadas constantemente y de este modo impredecibles. En un primer momento puede percibirse como una perspectiva impráctica para la reflexión epistemológica y ontológica ya que todo esquema social ha necesitado bases científicas y económicas para reproducirse y establecerse. Sin embargo la movilidad y volatilidad de lo planteado anteriormente puede volverse en sí mismo un modo instituido de creación y performatividad

subjetivo-individual-colectivo. Porque en este momento resulta evidente que la existencia no puede componerse individualmente, aparece necesariamente en composición.

El otro es lo que nos obliga a ceder, nos cuestiona las ideas, nos invita e inspira a descartar todas las suposiciones con las que pensamos los momentos más cotidianos. En definitiva lo que nos hace movernos de un lugar a otro, de un modo a otro, como si nos impulsara constantemente y potencialmente a partir de él y de nosotros/as al mismo tiempo que encuentra en nosotros/as la potencia de su propia *partance*. “Si el individuo se define por su poder de afectar y ser afectado, de componerse, la cuestión necesariamente se dilata más allá del individuo, y concierne al abanico de sus encuentros.” (Pelbart, 2019, p. 8).

Es en ese movimiento donde encontramos nuestro yo más genuino, aquel que permanece en movimiento, tal vez el otro sea movimiento, lo fértil. Tal vez el otro sea las imágenes que se componen y descomponen con las palabras que a su vez capturan un registro sensible primero y primitivo. Un registro propio pero que rápidamente cae como pertenencia e identidad, así lo propio en verdad se encuentra plagado por el otro y muchos otros, entonces nosotros/as somos otros para otros y para nosotros/as mismos/as:

Somos, pues, un grado de potencia, definido por nuestro poder de afectar y ser afectado. Pero jamás sabemos de antemano cuál es nuestra potencia, de qué afectos somos capaces. Es siempre una cuestión experimental. No sabemos aún lo que puede el cuerpo, dice Spinoza, sólo lo descubriremos a lo largo de la existencia. Al sabor de los encuentros. Sólo a través de los encuentros aprendemos a seleccionar lo que encaja con nuestro cuerpo y lo que no, lo que con él se organiza, lo que tiende a descomponerlo, lo que intensifica su fuerza de existir, lo que la disminuye. (Pal Pelbart, 2019, p. 4).

Ficcionalamos al otro a través de nosotros y nosotras. Nos buscamos y nos encontramos proyectando nuestros puntos ciegos en otro cuerpo. Porque allí no caben, no son habitables, nos excede su intensidad. Pronto nos encontramos con lo atribuido y pretendemos ser extranjeros/as a ello, intentamos capturarlos solo al verlos fuera, en la ilusión del afuera. Como si una separación existiera entre nuestro ser y el otro, el adentro siendo nuestro, íntimo y privado, el afuera siendo territorio de guerra en el que nos espera el otro expectante y armado, lleno de huecos listos para que depositemos lo que no podemos ver, listos para colocarnos allí como enemigos y enemigas, negando su presencia en nuestra propia composición.

Las condiciones de posibilidad dadas en cada acontecimiento se ven abarcadas y expandidas por cada sujeto siendo sujeto con otros, habitando espacios que los trascienden, pues el sujeto es sujeto en relación. Pelbart (2019) retoma a Deleuze preguntándose “¿Cómo un ser puede componerse con otro, atraerlo a su mundo, pero conservando o respetando las relaciones y el mundo propio de ese otro? Como si pudieran existir varios mundos, incluso al interior de una composición mayor, sin que sean todos reducidos a un mismo y único mundo.” (p. 9).

Es por este modo de (no)recibir al otro, aunque no sea el único, que se vuelve necesario pensar lo ilusoriamente propio que desplegamos en los otros. Evitando que se vuelva una captura, el acto de fagocitar la otredad, porque “...no se trata ya de una relación de lo Mismo con lo Mismo, sino de una relación en la cual interviene el Otro, y éste siempre es irreductible, siempre en disimetría, éste introduce la disimetría.” (Pal Pelbart, 2019, p. 14).

Reconocernos plagados y plagadas de otros tal vez sea un modo de acercamiento, llegada y recepción que posibilita diferentes composiciones de la alteridad. En ese modo a los otros:

Les queda precisamente su originalidad, es decir un sonido que cada una emite cuando pone el pie en el camino, cuando lleva su vida sin buscar salvación, cuando emprende su viaje encarnando sin objetivo particular, y entonces encuentra al otro viajero, a quien reconoce por el sonido. (Pal Pelbart, 2019, p. 20).

Entonces este modo plantea componerse con otros escuchándolos, acompañando y negociando, conociendo, com-partiendo y ya no estableciendo relaciones de dominación.

Es aquí en donde el deseo pretende ser explicado. Pero es imposible. Es inmanente a él correr lejos de los muros que lo condenan a una sola forma. Es silencioso y sólo se deja ver al encontrarse con un deseo extranjero del mismo modo que la ley puede ser vista al ser transgredida (Focault, 1988).

Extranjero de sí.

La línea divisoria entre la mismidad y la otredad queda borroneada y felizmente tensionada en la vivencia de Jean Luc-Nancy (2006) respecto a su trasplante de corazón y claramente expresa: “Mi corazón se convertía en mi extranjero: justamente extranjero porque estaba adentro. Si la ajenidad venía de afuera, era porque antes había aparecido adentro.” (p. 18).

Uno de los modos más puro del amor es no amar al extranjero sino amar la extranjería (Derrida, 2006), al propio encuentro con un otro que no es un otro separado sino que puede llamarse otro por su capacidad de afectar y ser afectado, por brindarnos la posibilidad de reactualizarnos y transformarnos, quitar el excedente de modos obsoletos de nuestro acontecer. Así el amor tal vez sea la generosidad de la entrega ante los acontecimientos, el propio acto de confianza para recibir, habitar y dejarse transformar, en palabras de Nancy (2006) “Recibir al extranjero también debe ser, por cierto, experimentar su intrusión” (p.12).

Un amor que no espera ser correspondido, que no existe para ser nombrado y anunciado sino que existe porque de otra forma no sería posible coexistir.

También es preciso pensarnos a nosotros/as mismos/as como extranjeros/as pues también somos otros para otros e incluso de a momentos para nosotros/as mismos/as ya que hay otros en nosotros/as. Nos componemos de cualidades, momentos, espacios, tiempos que sobre todo no son nuestros, han sido primero extranjeros, han existido primero en el intersticio:

El intruso no es otro que yo mismo y el hombre mismo. No otro que el mismo que no termina de alterarse, a la vez aguzado y agotado, desnudado y sobreequipado, intruso en el mundo tanto como en sí mismo, inquietante oleada de lo ajeno, *conatus* de una infinidad excreciente. (Nancy, 2006, p. 45).

Por tanto podríamos decir que de algún modo todos y todas somos huérfanos/as, huérfanos/as de patria, huérfanos/as de sí. Pues no hay nada que nos pertenezca enteramente ni siquiera nuestros nombres. No hay nada que no sea compartido con lo desconocido, con los desconocidos, con el devenir impredecible e inconcluso. Nos componen también recuerdos que envuelven otras vivencias y rostros que no recordamos, que tal vez no sea necesarios recordar pero allí están y estarán, sin definirnos a nosotros/as o a lo venidero más sí componiendo el universo de lo posible.

Siendo otros para nosotros/as podemos experimentar la comodidad del anonimato, no como un modo de escondite evitativo sino un anonimato que nos permite ser nadie y todos los posibles a la vez, y así nunca seremos los/as mismos/as pues “Todo me llegará de otra

parte y desde afuera en esta historia, así como mi corazón, mi cuerpo, me llegaron de otra parte, son otra parte <<en>> mí.” (Nancy, 2006, p. 23). Es por esto que ser hospitalarios con quien llega es ser hospitalarios con nosotros/as, Derrida (2006) nos invita a pensar que:

La hospitalidad absoluta exige que yo abra mi casa y que dé no sólo al extranjero (provisto de apellido, de un estatuto social de extranjero, etc.) sino al otro absoluto, desconocido, anónimo, y que *le dé lugar*, lo deje venir, lo deje llegar, y tener lugar en el lugar que le ofrezco, sin pedirle ni reciprocidad (la entrada en un pacto) ni siquiera su nombre. (p. 31)

Esto quiere decir que la hospitalidad es un modo de encuentro y recepción que no pregunta ni espera cosas a cambio, tampoco es la entrega total y un derroche de generosidad, es una postura afectiva hacia lo desconocido, es un manejo de esperanza que confía en lo venidero como posibilidad de expansión, de autoconocimiento y reconocimiento del otro, es confiar en que las llegadas posibilitan nuevos mundos.

De este modo ya no será un encuentro triste o alegre, será un compuesto agrídulce porque pensamos que oponer las pasiones tristes y las pasiones alegres tal vez invisibiliza la potencia que existe en los grados más tristes de ella, hay potencia solapada en los afectos que entendemos nos descomponen, pues descomponerse es un modo de reinventarse también. De cierta manera las pasiones tristes nos componen y quizás sean necesarias para registrar nuevos deseos, deseos de movimiento, deseo de transformación hacia un nuevo modo otro de existencia, en su acontecer la tristeza, el endurecimiento y la desesperanza nos permite plegarnos sobre el espacio-tiempo que envuelve y compone al acontecimiento para redireccionarnos y explorar nuevos modos de composición y pasiones alegres. Pues la tristeza es inmanente al acontecer-humano y trae consigo cierta belleza.

Es Pelbart (2019) quién nos dice que:

... es en las pasiones alegres donde nos acercamos a ese punto de conversión donde podemos dejar de simplemente padecer, para poder hacer; dejar de tener sólo pasiones, para tener acciones, para podernos desdoblar en nuestra potencia de hacer, nuestro poder de afectar, nuestro poder de ser la causa directa de nuestras acciones, y no de obedecer siempre a causas externas, padeciéndolas, estando siempre a merced de ellas. (p. 7)

También una pasión triste como la angustia puede ser de impulso porque no es la negación del deseo, de la potencia o del devenir, sino un estado que pide ser escuchado y atendido, es un grado del espectro de potencias que nos indica que algo allí hay para hacer, allí el deseo puede construir otro modo porque “La angustia, cuando no queda capturada por la insatisfacción, estalla como potencia indignada. La indignación aloja angustia en estado de lucha y revuelta.” (Percia, 2011, p.229).

Lo que proponemos con estas líneas no es erradicar las pasiones tristes, es recibirlas, alojarlas y ponerlas a trabajar. Tal como escribe Didi-Huberman (2012) “Hay razones para el pesimismo, pero por eso es tanto más necesario abrir los ojos en medio de la noche, desplazarse sin descanso, ponerse a buscar las luciérnagas.” (p. 37) y deshacernos de la actitud pasiva que el modelo económico y social imperante pretende que tengamos, al cual nos impulsa con sus remedios y entretenimientos buscando distraernos de lo que grita la angustia para que de allí no queramos irnos y la naturalicemos como el enemigo, a la angustia y a todo aquello que la proporcione, pero por sobre todo pensar como enemigo a un sí mismo angustiado. Practicar la amorosidad como domicilio de la angustia es construir nuevos modos de existencia pues “Allí reside la diferencia entre la potencia del deseo y la prepotencia de la conformidad.” (Percia, 2011, p. 232). Tal vez esa angustia evidencie el

caos que nos advierte de posibles fugas, así las pasiones tristes pueden ser el germen de nuevos modos de existencia, incluso tal vez el otro sea ese necesario caos-germen (Teles, 2009).

Contradicciones internas que irrumpen desde un lugar que siento pero desconozco,
que insisto en poner afuera a pesar de que todo lo que está allí
pierda sentido en el mismo momento que elijo mirarlas.
Mis sentidos insisten en que todo se desborda,
todo nombre es insuficiente cuando trato de sentir
Pero no existe esencia
no hay ningún tronco del cual puedan salir ramas o raíces
no hay nada ajeno a mí si vuelvo sobre mi misma
Puedo verme en otras
hay olor a mí en todas las otras
en verdad no hay otras
vivimos experiencias únicas e irrepetibles, inéditas
sin embargo todas nos llevan a este encuentro.

Elizabeth Campos, sin publicar.

Los modos posibles a partir de una experiencia clínica.

En este punto del trabajo se vuelve necesario servirnos de alguna escena que nos permita enlazar la noción de partir y la problematización sobre el otro desarrolladas en los apartados anteriores.

El relato presentado a continuación acontece en el marco de una práctica clínica² preprofesional enmarcada en la Licenciatura en Psicología de la cual este trabajo pretende, entre otras cosas, ayudarnos a partir. La pertinencia de exponerla en este ensayo es propiciar las distintas formas en las que las ideas trabajadas en estas páginas puedan ser insumo para pensar la clínica como espacio capaz de alojar la alteridad.

Hacia principios del 2022 recibimos a un consultante varón adulto que llega por estados de angustia que le dificultaban seguir con su vida cotidiana. En el tercer encuentro relata haber sido exiliado a temprana edad junto a su familia en el comienzo de la dictadura cívico-militar y por tal motivo se instala en otro país de la región. En ese contexto describe la siguiente escena: En un complejo de viviendas donde habitaba en ese entonces tenía amigos de su misma edad y una noche, en pleno juego, él y los otros niños deciden esconder debajo de una mesa en un fondo oscuro a una niña más pequeña que también vivía allí. Transcurrido varios minutos los adultos reparan en la ausencia de la niña desplegándose un clima de preocupación, miedo y angustia en el cuál comienzan a buscarla sin lograr encontrarla. Ante esta situación los niños reaccionan terminando el juego entregando la niña a sus padres.

Ante este relato realizamos el señalamiento de la relación entre ese juego y las prácticas del terrorismo de estado en el contexto de la dictadura. Su reacción inmediata fue el asombro, nos comentó que nunca había pensado en ese recuerdo de esa manera y que no entendía

² Facultad de Psicología, Licenciatura en Psicología -Udelar-, Instituto de Psicología Social. Práctica Clínica y Grupalidad. Ciclo de graduación, Módulo prácticas y proyectos. Año 2022.

por qué lo recordaba con tanta claridad. Luego relata haber sentido culpa en esa situación y en el momento presente vergüenza al contarlo.

A partir de nuestra puntualización desplegó una serie de preguntas que no se había hecho en otros momentos en los que evocaba esa experiencia y le permitió, también, generar nuevos sentidos, fugarse hacia otros afectos y entramar muchas otras experiencias que acontecieron en esos años.

Hacia el final del encuentro nos explica que siempre se sintió un niño perdido y recordó que en su infancia jugaba a esconderse para que sus padres lo buscaran, muchas veces efectivamente se perdía y a pesar del miedo que le generaba siempre volvía a exponerse a ese riesgo. Una de esas veces en la que efectivamente se perdió, una mujer militar lo encontró a varios minutos de su casa y fue ella misma quien lo devolvió a sus padres. Casualmente lo primero que desplegó durante la primera consulta fue sentirse perdido y sin rumbo.

Análisis posible.

En base a la escena del juego en donde un niño reproduce prácticas que denuncian un contexto político en cierta manera desconocido para él nos interrogamos sobre la relación históricamente tensionada entre individuo y sociedad.

Un niño sin postura política, sin la capacidad de dimensionar la gravedad de la persecución, la tortura, desaparición y crueldad imperante, actúa mediante el juego el motivo de su exilio. Ese niño, hoy adulto, no puede evitar evocar con culpa y vergüenza ese juego de niños que reproduce directamente el acontecer histórico-político ¿De qué modo, sin entender la complejidad social del momento, puede desenvolver el miedo de un país entero en sus prácticas?

Según Winnicott (1993):

El niño que juega habita en una región que no es posible abandonar con facilidad [...] Esa zona de juego no es una realidad psíquica interna. Se encuentra fuera del individuo, pero no es el mundo exterior [...] En ella el niño reúne objetos o fenómenos de la realidad interna o personal. Sin necesidad de alucinaciones, emite una muestra de capacidad potencial para soñar y vive con ella en un marco elegido de fragmentos de la realidad exterior. (p. 76)

En este sentido podríamos pensar que todo comportamiento se desarrolla en una zona intersticial donde no hay un adentro de sí y tampoco un afuera, sino que es donde convergen y se conjugan elementos de distinta naturaleza que no pertenecen ya a un sujeto particular o a determinadas experiencias compartidas, sino elementos, relatos, imágenes sin sujeto y sin tiempo-espacio concreto al cual pertenecer.

Ya no existe un cuerpo que envuelva con su piel la profundidad de una práctica sino que “Las profundidades del cuerpo emergen planeando a nivel de la piel que termina por constituirse en la mayor profundidad: el borde entre el adentro y el afuera.” (Fernández, 2008, p. 181) y por tanto es en esa multiplicidad de profundidades donde yace la posibilidad de hacer del imaginario social una práctica concreta.

Por imaginario social entendemos aquellas significaciones disponibles que pujan constantemente para ser significadas y cuando esas significaciones se encarnan en momentos y sujetos concretos decimos que hubo “...un movimiento del universo de significaciones a la singularidad de sentido.” (Fernández, 2008, p. 177).

Este movimiento sucede en el borde borroso que intentamos delinear para inventar un espacio que no nos pertenece, un espacio del que seamos extranjeros y nos sirva de

depósito para la ajenidad. Es verdad que somos otros y otras, allí se inaugura nuestra otredad, pero como vimos en el apartado anterior la misma cualidad de ser otros y otras nos indica que si somos distintos y distintas es porque a partir de ese espacio llamado afuera nos diferenciamos y así no podemos más que estar plagados de él. Del mismo modo ese intersticio existe porque hay sujetos que se pliegan de él y este opera de interioridad como entramado colectivo.

Aún después de estas palabras persiste la intriga ¿De qué modo específico y situado un niño actúa el acontecer social sin darse cuenta de ello?

Para bosquejar posibles líneas de pensamiento nos puede servir pensar en términos de magma, una noción que remite a un flujo inagotable de significaciones posibles (Castoriadis, 2010) y sin embargo no todas las significaciones cobran significado, sólo algunas se delinearán a través de la producción de sentido: “Se trata de pensar cómo de un magma de significaciones imaginario-sociales operando en latencia se produce una forma, una forma de sentido.” (Fernández, A.M. 2008, p.176), latencia ya no como un síntoma que emerge de la profundidad inconsciente sino como pura superficie esperando a ser plegada como producción de sentido.

Esta última se hace posible a través de los agenciamientos entendidos como conexiones inesperadas entre elementos de distinta naturaleza que a través de sus cruces producen las condiciones de posibilidad para ciertos sentidos y no para otros, al decir de Fernández (2008) “Un agenciamiento es ese aumento de dimensiones en una multiplicidad que cambia necesariamente de naturaleza a medida que aumenta sus conexiones.” (p. 184).

A su vez, la autora plantea que los dispositivos generan las condiciones para la efectucción de los agenciamientos (Fernandez, 2008), y en el caso que estamos analizando, el dispositivo que facilitó el agenciamiento fue la recepción clínica. El espacio clínico de la

práctica mencionada propone condiciones específicas para que se produzcan agenciamientos porque sobre todo los espera, los deja venir.

La consulta que situamos en el relato se da en un marco singular entre instituciones que se ponen en juego a través de varios actores y estos se componen proponiendo sentidos. Este dispositivo implica un otro que escucha, señala e interroga lo que se enuncia, sin la otredad tal vez la clínica no sería posible como dispositivo o tal vez se reduciría el espectro de sentidos posibles. El consultante despliega culpa y vergüenza por lo acontecido en el juego, son afectos que ha reactualizado en diferentes momentos de su historia y particularmente en la recepción, al volver a habitarlos pudo pensarse a sí mismo y partir de sí, del sí mismo que conocía y encontraba repitiendo esa imagen a través de los años en diferentes escenarios. Esta angustia agenciada con el dispositivo clínico germinó otros modos posibles de pensarse a él y a su entorno. En este sentido, podemos afirmar que la angustia es una “afección anticapitalista” (Percia, 2011, p. 209) y que la clínica presta su capacidad de alojar lo venidero y sostener los intersticios en los cuales, por ejemplo, un adulto que se recuerda como un niño perdido, que incluso juega a perderse, a partir de su casa, a partir de sus padres y tal vez a partir de su propia condición de exiliado, puede disponerse sin un punto de llegada a pensar en algún modo de partir.

Pensamos que esta cualidad de la clínica es posible porque ofrece un intersticio en donde hay un otro en espera, no una espera desesperada sino atenta. Quien se aloja tiene la oportunidad de descansar de sí, de desplegar su alteridad en un espacio sin tiempo que no aprisiona, presta sus puntos ciegos cuando son demasiados para que quien hospeda actúe de luciérnaga echando luz momentáneamente entre los elementos que se pueden desandar y así generar aperturas y fugas posibles para que el extranjero pueda ser un extranjero de sí.

Es así que el dispositivo clínico no sólo recepciona al extranjero, también hospeda las partidas posibles, hospeda al sujeto en su más pura partance, incluso se ofrece al extranjero que intenta recuperar su propia extranjería construyendo rumbos posibles.

Pensar el dispositivo clínico de esta manera inaugura una “Producción de sentido que deja caer una vez más criterios binarios de individuo-sociedad, o criterios sustancialistas que han imaginado un sujeto solipsista que confiere significados.” (Fernández, 2008, p. 177) y se vuelve necesario pensar en la enunciación como un fenómeno necesariamente colectivo (Deleuze y Guattari, 2004) compuesto por multiplicidades, otredades, hospedajes y singularidades agenciadas a la luz de acontecimientos que producen nuevos sentidos e interrogan la idea clásica de sujeto.

El sujeto de esta experiencia compartida logra compartirse, es decir, generar compartimentos de sí, fraccionarse, fracturarse, descomponerse en búsqueda de una nueva composición. Desaloja una parte de sí al reconocer los afectos que lo ocupan al recordar el exilio y elabora la cercanía de sus actos con la sujeción histórica-política de esa parte de sí. Es un adulto que de niño se perdía para desgranarse en partes y abandonar las que lo sujetaban al miedo que lo obligaba a huir para finalmente desencarnar el exilio.

Pensamos que esta interrogante puede desandar los modos de concebir al sujeto en la clínica y de este modo introducir nuevas formas de esperar a quien momentáneamente llega para volver a partir. Partir de sí mismo, de una idea obsoleta y fragmentada de sí, en búsqueda de formas otras de habitarse para descubrirse profundamente social, un sujeto pliegue de lo magmático, “Del magma a la forma, y en la forma nuevas singularidades, múltiples singularidades –cada cual con su historia– que no pueden subsumirse en un universal.” (Fernández, 2008, p. 177).

Fue un niño que jugó reiteradas veces a estar perdido de un lugar al cual fue llevado para no ser desaparecido. Un estar perdido que tal vez actúe la posibilidad de ser un desaparecido. Y ante esta significación primera posible, de un modo intuitivo, no tuvimos necesidad de puntualizarlo, nos colocamos en la espera de que las significaciones posibles sean múltiples en los tiempos que el otro pueda proponer y de este modo la escena no quedó agotada en las significaciones propias de quienes escuchábamos sino en apertura a las codificaciones posibles de la composición.

Para finalizar este apartado quizás sea enriquecedor pensar en la escena que el usuario describe al pasar y que sin embargo fue significativa para desplegar otros sentidos posibles en la consulta mencionada. El relato de haberse perdido varias veces y en una de esas tantas haber sido encontrado por una mujer militar que lo devuelve a sus padres ¿Cómo se significa el otro en esta escena? ¿Qué efectos tiene la irrupción de esa alteridad?

La figura de la cual escapaba su familia -la institución militar- y él sin darse cuenta, lo encuentra al mismo tiempo que él a ella. Curiosamente la situación toma otra deriva a la esperada: ese otro temido y enemigo no lo desaparece ni lo castiga, de hecho lo aloja, lo calma y lo reintegra, lo salva. Lo salva de sí y de su condición anónima de estar partiendo sin sentido. Esta repetición -en tanto insistencia de sentido- de estar perdido al enunciarse en el espacio clínico -entre otros- opera como ritornelo, entendido como aquello que pronunciándose desde un pasado absoluto a través de los agenciamientos se reactualiza transformándose y posibilitando nuevas significaciones (Deleuze y Guattari, 2004).

Esta escena singular en plena dictadura, donde un niño exiliado es encontrado por una mujer que encarna a la institución militar nos permite pensar en la posibilidad de alojar y ser alojado por el otro significado como enemigo como condición para recuperar la humanidad (Percia, 2011).

Esta escena relatada, niño-mujer militar, nos recuerda la imagen que trabajan Deleuze y Guattari (2004) sobre el agenciamiento orquídea-avispa, al igual que el niño y la militar, se encuentran, se agencian y se modifican uno a partir del otro. Es decir, tanto la orquídea, la avispa, el niño, como la militar parten de sí, de lo que saben y no saben que eran, sorprendidos por lo inesperado, modificados por lo venidero. Lo venidero que se hace posible cuando dejamos llegar a un otro, a un extranjero y a las muchas posibilidades de modificarnos que trae consigo. En palabras de los autores partir es un movimiento de desterritorialización a través del cual los elementos agenciados modifican las posibilidades de su existencia. Desterritorializarse es partir de lo conocido, es generar una línea de fuga en contra de la solidificación del estado de cosas, es volverse otro para desplegar posibles, es volverse otro para no morir.

A su vez, la escena del niño perdido y restituido deviene orquídea-avispa al componerse con nosotras en el dispositivo de recepción clínica, se entrama un doble plano de composición, se complejiza el agenciamiento expandiendo el rizoma y partiendo hacia nuevas significaciones posibles.

Esto nos permite pensar que la potencia de la clínica está en un otro que llega y habilita el despliegue de la alteridad, se ofrece como otro para componer y allí el otro y ella misma se desterritorializan, se abalanzan sobre lo venidero y posibilitan nuevas significaciones partiendo hacia nuevos modos de sí.

La clínica que deseamos pensar en este trabajo pide que quienes nos disponemos a escuchar también seamos cuerpo para situar el pensamiento y hacer de cada encuentro un agenciamiento único y fértil, "Una clínica del acontecimiento es una clínica imperfecta, con proposiciones indecibles, que se desarrolla en un campo de batalla entre un mundo sin yo y un yo sin mundo." (Saidón, 2012, p. 5), de esta manera concebimos una clínica que se sitúa

entre lo micro y lo macropolítico, ya no habita los límites, las separaciones y tampoco fracciona al sujeto, lo integra y se reactualiza constantemente con cada quién llega, con cada quién que la habita y con cada quién que se va, una clínica ante todo política (Saidón, 2012).

Te has ido de mí, esa es la acción que festejo
has vuelto propio lo más valioso que encuentro en mí
lo más valioso que he podido ser ante tu encuentro
veo que no lo has visto con tus ojos
has escuchado el silencio
y es en el no saber
donde vive nuestro encuentro
más tarde no seré yo
ni serás tú
habremos sido nosotros para otros
y allí descansará nuestra infinitud.

Elizabeth Campos, sin publicar.

Punto de partida.

En este apartado que pretende ser otro punto de partida nos proponemos pensar en algún modo posible de entramar el desarrollo de las ideas trabajadas.

Para ello es preciso destacar la potencialidad del ensayo como formato de escritura que posibilita la reflexión desbordando los límites de las formas y alojando el pensamiento en sus derrames. En este sentido creemos que el ensayo habilita a una escritura capaz de volver sobre sí misma.

Concebimos al partir como modo de existencia, como el mayor grado de potencia de la vitalidad, un modo de estar siendo en su expresión máxima. Estar partiendo es la acción que permite habitar los intersticios del movimiento posibilitándonos hospedar el deseo.

Del mismo modo estar a punto de partir es echar luz sobre la propia extranjería transformándose en un partir de sí. Un movimiento natural y necesario para las rupturas de los encierros de sí mismo. Una oportunidad para borronearnos en términos identitarios y colocarnos en un punto de indeterminación. Es movimiento que alberga la esperanza, puja por lo vital y el devenir.

También vimos que la acción de la partida no es posible sin un otro pues el sujeto es ser en relación. Para ello es menester encontrar modos de alojar la incomodidad inherente a la alteridad, se torna necesario habitarla para desplegar un estado inconforme capaz de alojar lo venidero y sólo allí podemos desandar al otro como enemigo y practicar la hospitalidad como experiencia de alojar la extranjería.

La experiencia con el otro se ofrece como posibilidad de tensionar los límites imaginarios de la existencia (De Brasi, 1990), pues el encuentro con el otro estalla en posibilidades de desplegar mundos posibles.

En este sentido ponemos en juego una viñeta clínica para agenciar las nociones del otro y partir ya que pensamos que oficiar de intersticio es una de las cualidades de la clínica al posibilitar distintos modos de agenciamiento. Construye las condiciones de recepción de un otro capaz de expandirse y en conjunto elabora una nueva partida.

En esta instancia en la que los intersticios se elucidan y brillan como luciérnagas (Didi-huberman, 2012), no podemos más que renunciar al deseo de imponernos sobre otros y otras, confrontando aquello que nuestro deseo pretende performar sobre los otros. Un deseo egoísta que puja por la propia supervivencia, una suerte de ilusión que reafirma la propia existencia. Sin embargo el otro irrumpe como lo que es, un puro intersticio que nos interroga en tanto seres amorosos que buscan a otros para poder desplegar lo posible, una posición de demora, un existir esperando lo venidero, un modo de recepción y hospedaje que no puede más que dejarse sorprender.

No podemos más que enunciar que el encuentro con otros implica encontrarse con deseos que no es posible premeditar y por ese mismo hecho debemos abandonar la ilusión de lo que creíamos posible, es el otro quien despliega sus modos y a nosotros nos resta componer con ellos.

El deseo sólo puede existir en agenciamiento (Boutang y Pamart, 1996), no tiene otra potencia más que esa ni otra potencia menor más que componer lo posible. Muchas veces el dolor es parte de la composición y como tal posibilidad de descomponer, enunciar y recomponer modos fugados de movimiento.

En síntesis, este trabajo recorre ideas que apuntalan la posibilidad de desplegar y componer existencias y acontecimientos a la luz de la alegría y la apertura a modos distintos de las experiencias.

Cuántas veces he supurado

por susurros inaudibles
cosas que no sabía tenía dentro,

cuando las acciones
muchas veces palabras
se disuelven en un tiempo sin tiempo
y ya no preguntan por el cuándo
estallan infinitamente,
chispean en el momento justo,

y son capaces de arremeter contra la tristeza,
siendo sólo y nada menos
que una chispa.

Y son capaces de astillar cualquier montaña,
siendo sólo y nada menos
que silencio.

Y son capaces de atravesar cualquier neblina
siendo sólo y nada menos
que luciérnagas.

En algún momento
cualquier sustancia se descompone
y se desborda,
se desborda a sí misma
y se entrega
a la potencia de lo mínimo.

Elizabeth Campos, sin publicar.

Bibliografía

- Castoriadis, C. (2010). *La institución imaginaria de la sociedad*. Ensayo Tusquets.
- CursosarteCIEC (2016, Marzo 15). *4 minutos 33 segundos - John Cage* [Video].
Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=TOgrWX5_dS4
- Didi-Huberman, G. (2012). *La supervivencia de las luciérnagas*. (Trad. J. Calatrava). Abada.
- Boutang, P. y Pamart, M. (Productores). (1996). *L'Abécédaire de Gilles Deleuze: conversation entre Claire Parnet et Gilles Deleuze* [Documental]. Productora La Femis, Sodaperaga Productions.
- Deleuze, G., Guattari, F. (2004). *Mil mesetas*. Pre-textos.
- Derrida, J. (2006). *La Hospitalidad*. Ediciones de la Flor.
- Fernández, A. M. (2008). *Las lógicas colectivas: Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*.
Biblos.
- Foucault, M.(1988). *El pensamiento del afuera*. Pre-textos.
- Nancy, J. L.(2006). *El intruso*. Amorrortu.
- Nancy, J. L. (2016). *¿Qué significa partir?* Capital Intelectual.
- Pelbart, P. (2009). *Filosofía de la deserción: Nihilismo, locura y comunidad*. Tinta limón.
- Pelbart, P (2019) *Elementos para una cartografía de lo grupal*. (Trad. I. García). La disgráfica.
- Percia, M. (2008). *Alejandra Pizarnik: maestra de psicoanálisis*. Alción.
- Percia, M. (2011). *Inconformidad: arte política psicoanálisis*. La Cebra.
- Saidón, O. (2012) *La clínica de Guattari y los post-guattarianos*. En: G. Berti. *Félix Guattari. Los ecos del pensar entre filosofía, arte y clínica*. HakaBooks.com
- Teles, A. L. (2009). *Política afectiva: Apuntes para pensar la vida comunitaria*. Fundación La Hendija.
- Winnicott, D. (1993). *Realidad y Juego*. Gedisa.